

La calle más larga se llama "Costa Azul"



Danny Kaye, a sus cuarenta y cuatro años, ha hecho las delicias de las bañistas de Montecarlo, Niza, San Remo y Cannes, divirtiéndolas haciendo caritas como las de esta instantánea.

En realidad, la Costa Azul es una calle que comienza en San Rafael, antes de llegar a Cannes, y termina en San Remo, luego de pasar el divertido y multicolor puente de San Luis de la frontera italofrancesa. En justicia creo que debo añadir que esta fabulosa y animadísima avenida más bien comienza en la Costa Brava y termina en la Riviera de las Flores; sólo que en cada uno de sus tres famosos tramos toma su correspondiente, bellísimo y particular nombre propio.

La circulación rodada de estos centenares de kilómetros es tan apretada, que una damisela a la que se le ocurra detener su automóvil para hacer un ramillete de flores silvestres, orea de inmediato un problema de tráfico, sólo comparable a nuestro cruce Fuencarral-Montera. Inmediatamente, coches, camiones, motos, autocares, bicicletas, etcétera, etc. quedan pegados unos a otros como las orugas procesionarias entre un alboroto enloquecedor de bocinas, claxon, timbres y gritos de conductores alborotados de todas las lenguas de la tierra.

VUELTA AL NOMADISMO

Aún una persona tan poco dada a la meditación como yo misma, tiene por fuerza que pensar en el fenómeno de nomadismo que anima esta divertida franja de terreno de nuestro planeta. Allí nadie vive en "su casa", todo bicho viviente pasea un vagabundeo más o menos de lujo, que culmina en los poblados de camping, versión moderna de la tribu, que por moderna se caracteriza por su poliglotez.

Los municipios de toda la costa mediterránea, especialmente atrayente en verano, han descubierto que resulta excesivamente difícil poner a disposición del turista suficiente número de hoteles a precios económicos, y han resuelto el problema dotando de servicios de sanidad, limpieza, comercio, correo, etc., etc., a los terrenos especialmente o no oficialmente preparados para el camping, urbanizándolos y sacando a subasta las pequeñas parcelas para las tiendas de campaña por procedimientos administrativos idénticos a los que el Ayuntamiento de Escarabajillo del Pinar emplea para subastar los terrenos que han de ocupar

La vuelta al nomadismo SE LLAMA CAMPING

VAGABUNDOS MILLONARIOS lavan su colada de nylon

Jado la coquetería doméstica olvidada en el lejano hogar burgués, la han traído en el equipaje, y floreros, macetas, sillas de colorines, sombrillas y toda clase de elegantes instalaciones para un hogar viajero lucen en estos poblados amarillos, verdes, marrones y rojos que crecen como hongos desde Marsella a Génova.

Camiones especialmente acondicionados forman el comercio de las pequeñas ciudades, y, en ocasiones, el mismo camión-almacén-mercado recorre las diversas ciudades de lona repartiéndolo desde el pan hasta las tarjetas postales que se envían a la vecina del principal, para que rabie de envidia.

LOS VAGABUNDOS MILLONARIOS

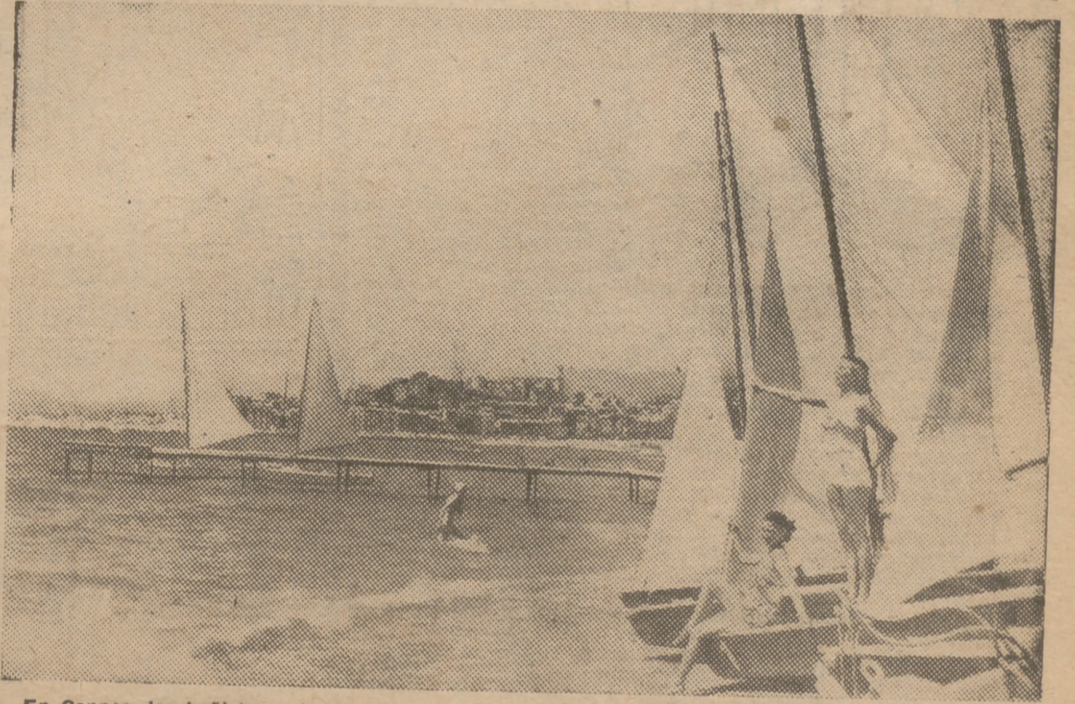
Este aire de saltimbanquis no perdona ni a los millonarios. Recuerdo mi propia cara de apatetado asombro cuando vi en los suntuosos balcones de hoteles tan famosos en el mundo entero como el Martínez, el Magestic, el Alejandro III o el Splendido de Cannes colgada la aristocrática colada de nylon de los huéspedes, lavada, sin duda, por sus propietarios, los mismos que por la noche se acercan en el coche descapotable hasta Montecarlo para tentar a la fortuna un poco y poder explicarlo otro poco más a sus amigos de París, Amsterdam, Londres o la magna Grecia.

APROVECHEMOS EL SOL

Sabido es que desde que se inventó el veraneo semejante entretenimiento no vale la pena si no vuelve a casa certificado por una piel negra que acredita los muchos duros que ha costado a la economía familiar. En esta Costa Azul que comentamos se ha inventado la manera de matar dos frívolos pája-

ros de un tiro, mejor diré tres, cuatro o media docena.

La señorita rubia que trata de ponerse morena, convenientemente desvestida, toma al sol en la peluquería al aire libre, donde a un tiempo se le tuestan las piernas, la hacen la ma-



En Cannes, las bañistas y los veleros componen esta simpática vista veraniega.

nicura, coquetea con un señor que pasa, toma pepsi-cola, la tifen de rubio, lee esa novela de François Sagan y se deja ver, que tampoco es mal entretenimiento.

QUITE EL PIE QUE PONGA LA MANO

Todos los colorinos de todas las paletas de todos los pintores

del mundo se han dado cita en estas playas. Aunque cada colorín esté sólo representado por un breve traje de baño, la afluencia de representantes es tanta que generalmente las gentes tienen que decir:

—¿Quiere usted venir al agua para que yo pueda salir a la arena?

Pocas cosas creo que existirán en el mundo más parecidas que las playas de este elegante espacio del Mediterráneo y los trenes del "Metro" en la línea Tetuán-Vallecas a las horas de comer.

Tampoco el mar se salva de la invasión. Recuerdo que mi tía Petra casi se ahoga en San Remo porque siguió andando sobre las olas creyendo que todavía no había terminado la tierra firme, ya que los pies de la gente eran tan abundantes que no le dejaban ver lo que había debajo.

ESPAÑA, DE MODA

Los temas españoles están de moda en todas partes. Todas las agencias de viajes anuncian las maravillas de nuestro país con sugestivos carteles taurinos, aunque se trate de hacer la propaganda de la poco taurina isla de Mallorca. También el apartado de la gastronomía siente cierta inclinación particular hacia nuestro país. Además del conocido, superlujoso, fotogénico y multicolor hotel Martínez, de Cannes, en toda la Costa Azul es fácil encontrar cartelones que anuncian el "Chateau de Madrid", restaurante entre Niza y Mónaco; el restaurante "Sancho Panza", en La Cagne; el "Cruz de Mayo", en Niza; el "Romántica España", etc.

QUIEN NO VIO SEVILLA NO VIO MARAVILLA

—¿Española?—preguntan en cualquier parte.

—Sí, española.

—¿De España?

Porque España, naturalmente, en las mentes sencillas de las gentes de todo el mundo se extiende del Cantábrico al Estrecho de Gibraltar; pero no termina hasta la Cruz del Sur, desde las tierras de Nuevo Méjico, y hay que aclarar de qué trozo de España es una española. Enterados ya de que se trata de una española de las de aquí, la frase siguiente casi siempre es también la misma:

PUEBLO

Fin de semana

SUPLEMENTO DE LOS SABADOS

MADRID, SABADO 10 DE SEPTIEMBRE DE 1955



En una alegre fiesta en el Casino de Montecarlo charlan así de divertidas las alegres comadres Elisa Maxwell (a la derecha), famosa periodista norteamericana, y Perle Mesta, embajadora americana en Luxemburgo.

COCTEL INTERNACIONAL A LA ORILLA

Pues bien; como iba diciendo, la Costa Azul se parece a un cóctel internacional, permanente y al aire libre, en el cual, como en los de las Embajadas, todo el mundo firma una especie de pequeños tratados de amistosa paz, en ocasiones sólo dura lo que el whisky que se tiene en ese momento en la mano. Por la misma razón de parecido, en este gran salón se emplean también los más breves y atrevidos atuendos, los diálogos en varias lenguas y esa especie de máscara de personaje de Huxley, que en este tipo de aglomeraciones siempre hace mono.

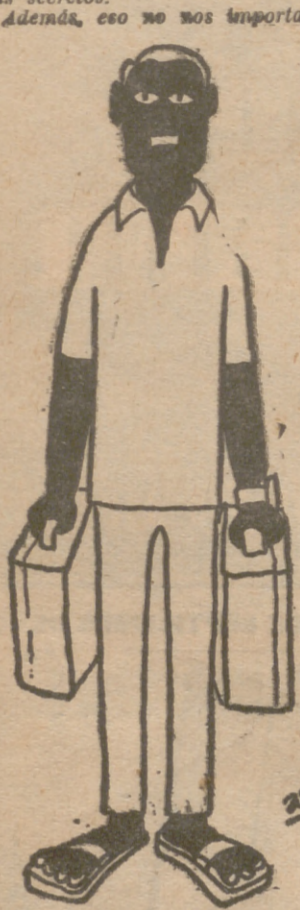
LAS CHICAS GUAPAS

Por lo que respecta a las bañistas guapas, yo creo que en su mayor parte son empleadas de los Ayuntamientos, sección de incremento de turismo, negociado de estética ciudadana. Cobran su nómina con toda formalidad y trabajan las ocho horas reglamentarias en unos puestos urbanos en cierto modo semejantes a los de los guardias de la circulación; quiero decir, al aire libre, bajo el sol. También recuerdan un poco a las gitanas del Sacro-Monte, por su inteligencia y necesaria aportación al color local.

PIER NARVION

EL VERANEO

En la antigüedad no veraneaba nadie, pues la gente de entonces era de lo más ingenua y no le veía la gracia al hecho de mojarse en agosto o al de dormir con dos mantas en julio. La gente aquella dormía con un par de mantas en diciembre y se mojaba buenamente cuando llovía. ¿Eran por eso más desgraciados, o más felices? ¿Más altos, o más bajos? ¿Más tontos, o más listos? Cualquiera sabe; todos aquellos señores se murieron hace tiempo y se llevaron a sus tumbas sus secretos.



Además, eso no nos importa. Nos importa el verano, invento genial de un señor que vivía en San Sebastián hace ya unos cuantos años. El hombre se aburría como una ostra, y tuvo la idea de sacarse de la manga esa costumbre de la que ahora disfrutamos todos tanto. Tuvo —¿cómo no!— sus imitadores; el primero fue otro señor de Cercedilla o de por ahí.

El veraneo, en sus primeros momentos, era bastante rudimentario; consistía en lo siguiente: una familia que vivía en Madrid se montaba en un tren y se iba al Norte o a la Sierra. Allí se tumbaba al sol y se moría de asco durante un mes, para luego volver a plantarse en Madrid con el fin de explicarles a sus amigos la cantidad de perches que había en el mar o la cantidad de vacas que había en el agro.

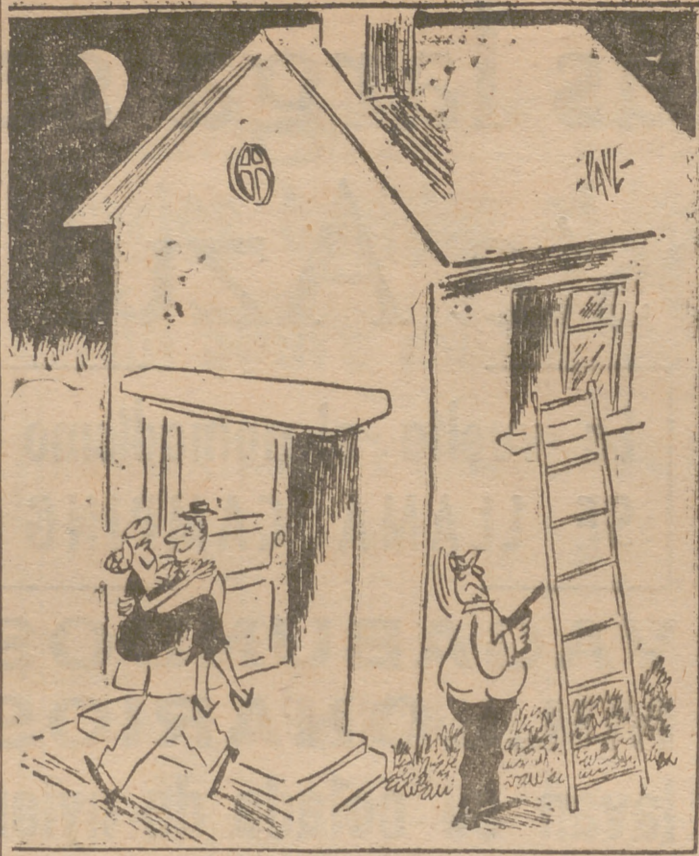
Sucesivamente se fueron inventando cosas, y así se consiguió que la gente tomara el sol por todo el cuerpo y no sólo por la cabeza; que la gente fuera picada por las pulgas; que la gente se quedara sin un céntimo a la primera semana de veraneo, y que la gente aspirara el aire sabiendo que el aire es una cosa estupenda aunque no altamente nada.

Hoy veranear constituye una actividad importantísima en la vida de los pueblos, sobre todo en la de los pueblos veraniegos. El que más y el que menos, el que ni fu ni fa y el que más bien fu y fa, el que pesca en ruin barca y el que no pesca en ruin barca, todos, todos, se pasan unos días hinchándose de aire puro, hinchándose de aguantar a las moscas e hinchándose de rayos ultravioletas e infrarrojos (vulgo quemaduras cutáneas).

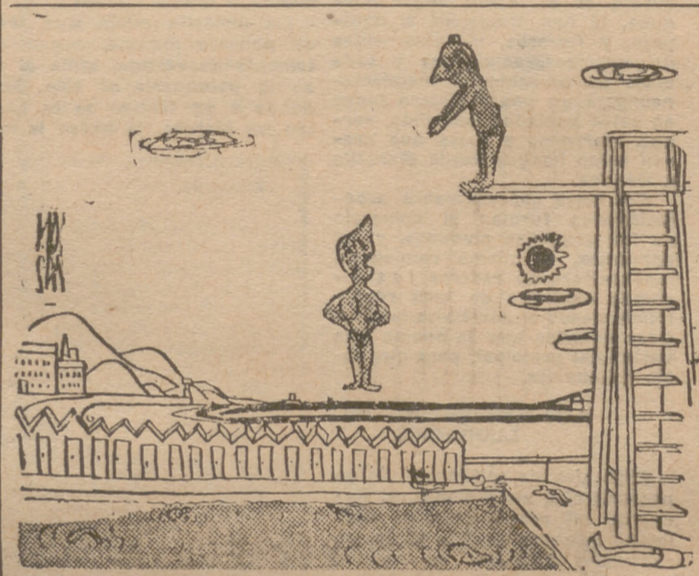
Esto de las quemaduras viene a resultar lo más importante del veraneo. Se puede afirmar que veraneo sin bronceado es veraneo perdido, pues la piel tostada es la única prueba de que uno se ha tomado unas vacaciones de aupa. Por eso se ha inventado recientemente el pseudoveraneo, que consiste en quedarse en casa, tumbado en el balcón al lado del botijo y sin contestar a las llamadas en la puerta ni a las del teléfono durante quince o veinte días. Al cabo de este tiempo, uno está más negro que nadie y puede salir a la calle a contar todas las perfectas veranegas que se le ocurran sin temor a que nadie las tome a broma. Se ahorra uno por este procedimiento bastantes cosas: la tortura de la R. E. N. F. E., la tortura de las moscas y el descalabro económico.

En resumen: que, gracias al progreso, el veraneo se va haciendo más llevadero, pues la verdad es que donde se pasa uno una canícula estupenda es en Madrid, ciudad que en el verano ni siquiera tiene problema de transporte de superficie.

Rafael AZCONA



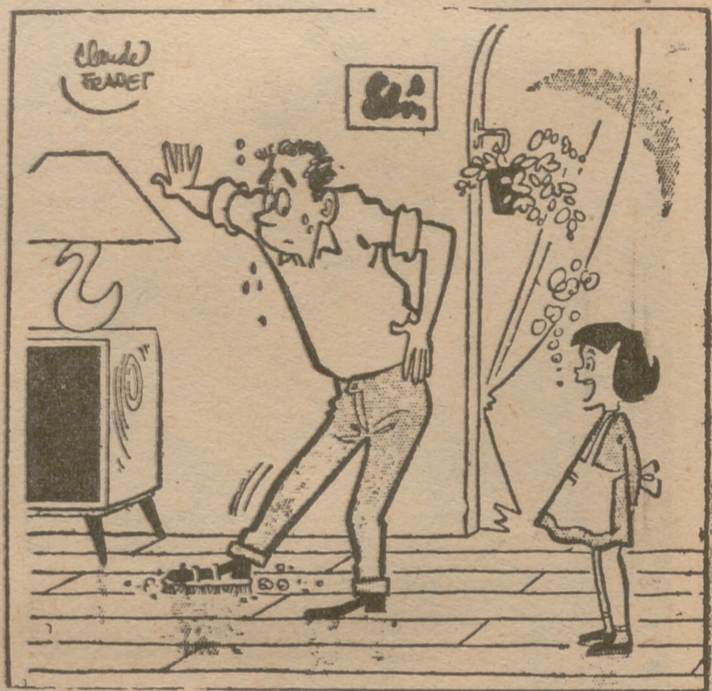
Sin palabras.



—Perdone un momento. Quisiera contemplar por última vez el panorama.



El progreso.



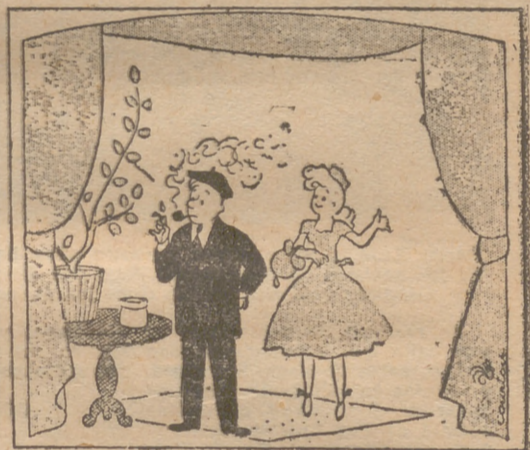
—¿Tú crees, papá, que algún día tendré yo también la sueeta de encontrar un marido como tú?...



Sin palabras.



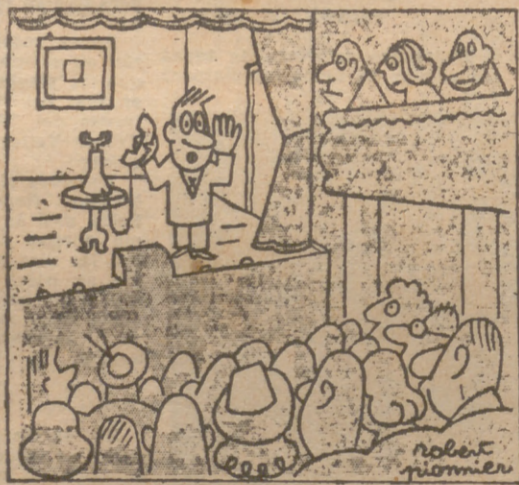
—¡Pero sí, mujer! Recuerda... hace veinte años en la escuela... un día dijiste que te casarías con un barbudo.



—Querido, ¿quieres... (¡huy, pero qué bien huele tu pipa!) darme mil pesetas?...



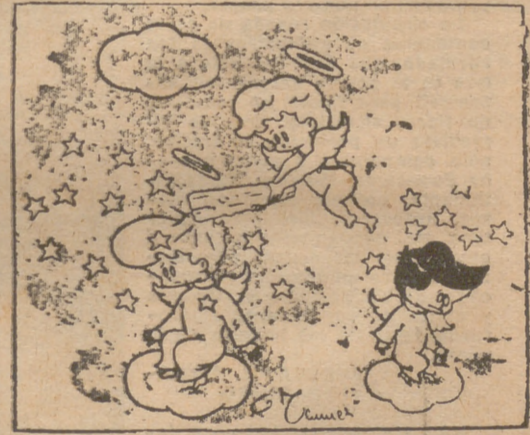
El sombrero.



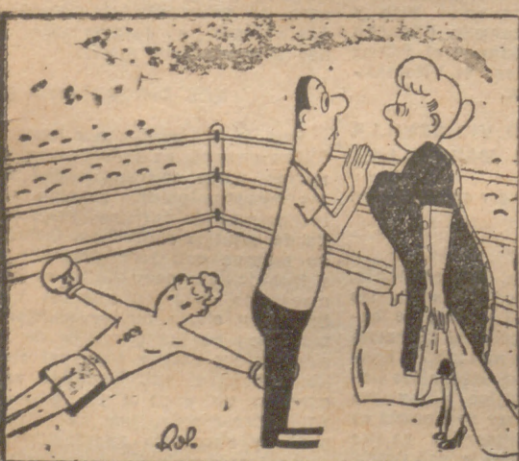
—Llaman al señor Pérez al teléfono...



—Limosna para obras buenas, ¿no?



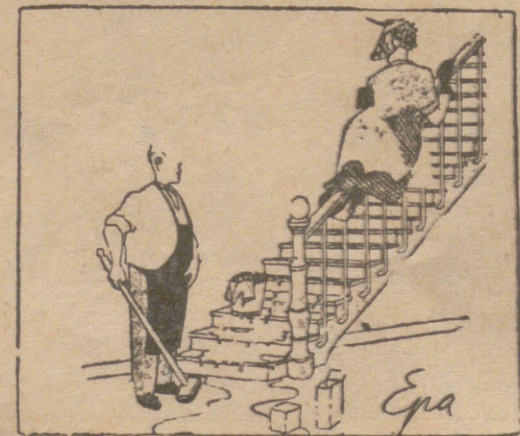
—Lo siento, pero necesito una noche estrellada.



—Tapo siempre a mi hijo cuando se acuesta...



Afinidad.



—¡No hubieras podido esperar a que yo bajara!...



—¡Mucho cuidado con fallar! Una bala cuesta por lo menos tres pesetas...

PEQUEÑOS VICIOS Y MANIAS DE LA HUMANIDAD

¡ATENCIÓN, JOVENCITA, a los coches amarillos: significan boda segura!

EL MANIÁTICO "CUENTALOTODO"

Y EL SEÑOR DE LAS DOCE PASAS

Y LAS DOCE ALMENDRAS



Un maniático de las migas de pan en plena actividad. De las manos al mantel y del mantel a los ojos del vecino. (Foto Ortiz.)

El hombre es un ser maniático. No vive dichoso hasta que no encuentra una pequeña manía para explotarla. Una vez en posesión de ella la practica diariamente y la declara imprescindible para su existencia.

Lo que al principio fué un simple pasatiempo, al cabo de cierto tiempo se convierte en vicio y obsesión.

La manía del cálculo es agotadora.

El vicioso-contable lleva cuenta de todo lo que ve. No existe ventana, ni balcón, ni letra, ni hombre calvo que no sea enumerado apenas aparece en el campo de su acción visual.

—Pero ¿qué murmuras ahí por lo bajo?—pregunta un novio desesperado a la novia.

—¡Nada, hombre! Estoy contando las butacas del cine—contesta ella.

Al poco rato, el novio vuelve a insistir:

—¿Y ahora, qué?

—Estoy con las bombillas. Fíjate, hay treinta y tres. Menos que en el cine de ayer.

Luego son los botones del chaleco del señor de al lado, y las cuentas del collar de la señora de atrás, e incluso las rayas del traje del asombrado novio.

—En el pantalón te caben el doble que en las mangas—declara ella, triunfante.

—Pero ¿es que no puedes dejar de contar?—vuelve a preguntar, consternado.

—¡No!... Mira allí. ¿A que no sabes cuántos lunares lleva esa señora en el cuello?

Y el pobre novio piensa en lo horrible que va a ser su vida cuando ella tenga que preparar, por ejemplo, un plato de fabes.

—¡Dios mío! Y si le da por contarlas antes de ponerlas a cocer, no comeremos jamás... Y luego... luego será capaz de decirme: "¿Cuántas te sirvo, cincuenta y cuatro o sesenta?"

Mientras él piensa en todo esto y declara que no probará jamás la paella cuando se case, ella sigue con sus descubrimientos matemáticos.

—Treinta y tres, treinta y cuatro, treinta y cinco, treinta y seis. ¡Qué barbaridad! ¡Cuántos calvosi!

MANIAS FEMENINAS

Las manías femeninas son muy divertidas. Todas ellas tienen como principal motivo, ¡cómo no!, al hombre. Al hombre con chaquet, chistera y música de marcha nupcial.

—¿No sabes?—explica una jovencita a su amiga.— Me han dicho que, si al salir de casa por la mañana, ves un coche amarillo cuyos números de matrícula sumen veinte... pues... al primer chico que saludes después, te casas con él.

El color de los coches es de básica importancia. Los rojos significan amor fugaz. Los grises, penas en el amor. Los blancos, boda rápida. Los azules, felicidad. Los negros, desgracia, pena y enfado.

Lo horrible del caso es que los amarillos están en crisis, y los blancos, también. En cambio, los negros, ¡ay, los negros!, abundan demasiado por esas calles en forma de taxi. ¡Qué faenita la del señor alcalde de la Villa, al mandar pintarlos así! ¡Con la satisfacción con que el sexo débil acogería la idea de decorarlos todos en blanco, como las ambulancias!

Hay chiquillas optimistas, sin embargo.

—¡Nada, hombre! Los negros, desde luego, significan pena. Pero los taxis llevan, además, una franja roja. ¡Todo arreglado! Primero, penas, sí; pero al fin, triunfo del amor.

El paso bajo un andamio rompe toda posibilidad de boda, por lo menos en un año.

—¡Buena la has hecho por cruzar por aquí! Ya no te casas.

—Mujer, haber avisado—protesta la víctima—. Y ahora, ¿qué hago?

—No sé, no sé, esto tiene muy mal arreglo. Si quizá viéramos a un cojo y quisiera volver a pasar contigo por debajo de las tablas...

Y buscan al cojo, y cuando lo encuentran, el cojo dice que no.

—Vamos, hombre, me cae un pedrusco en la cabeza, y encima de la cojera, me quedo escalabrado para toda la vida.

Porque para los hombres, siempre tan materialistas, el paso bajo un andamio no trae más preocupación que la del ladrillo que se precipita sobre sus cabezas, todas llenas, abarrotadas de negocios.

Las estrellas suelen preocupar a muchas jovencitas.

En secreto, alguien le dijo:

—Mira, si durante siete noches seguidas cuentas veintiuna estrellas, al final sueñas con tu futuro marido.

Y las muchachas, ¡hala!, todas las noches, asomadas a sus ventanas, cuentan afanosas las lucecitas.

—Tres, cuatro, cinco, seis y siete. ¡Hasta mañana!

Aquello que empieza medio en broma, medio en serio, se convierte en manía y para siempre, cuentan ya estrellas sin saber muchas veces el porqué.

MANIAS GASTRONOMICAS

Esta clase de vicio pertenece casi en exclusiva al sexo masculino. Ellos los inventan y ellos los propagan.

Los hay de muchas clases, formas y modos.

Existe, por ejemplo, el señor de las doce pasas y de las doce almendras. Este amable caballero, después de su comida diaria, necesita doce pasas y doce almendras. Apenas termina con el último trozo del plátano del postre avanza sobre el aparador y saca dos tarros. Extrae de ellos doce pasas y doce almendras que coloca cuidadoso en el mantel. Las pasas a un lado, las almendras a otro. Después coge una de cada fila y la va comiendo.

—¿No queréis?—invita diariamente a la familia.

—¡Quita! Qué mal gusto—protesta ésta.

Pero él sigue con sus pasas y almendras, luego de asegurar que el mal gusto es el de ellos y que no hay nada mejor que doce pasas y doce almendras para después de las comidas.

Otros prefieren injerir una cortecita de pan o, incluso, algunas de las bolitas de miga, moldeada durante toda la comida. A estos señores de las miguitas les entusiasma bombardear con ellas los ojos de sus vecinos de mesa. Es un deporte tan emocionante como el boxeo o las regatas de traineras.

MANIAS INFANTILES

—¿Quién pisa en raya pisa me-



Y de mayor se conserva aún la manía de no pisar ni en cruz ni en raya. (Foto Ortiz.)

—aseguran—no pueden con el café con leche. Al mediodía, antes de la cerveza, mitad de cuarto. Antes de comer, otro cuarto. Por la noche, antes de cenar, sigue el vicio, y durante el sueño, una monumental jarrá, llena hasta el borde, vigila el sueño del maniático.

Desde aquel momento, esa niña pisotona está mal mirada. Lo malo es que esta costumbre se conserva a través de los años. Las niñas crecen, cambian los zapateros del colegio por zapateros con tacones finos, pero siguen mirando con cierta prevención las rayas en el asfalto de las calles.

Con esta moda de las líneas amarillas para indicar el paso de peatones, las señoritas con manía de rayas sufren mucho.

—¡Huy, este paso no me gusta nada! El otro día casi me tuerzo un tobillo por no pisar la dichosa rayita amarilla—se oye protestar.

MANIAS VARIAS

Existen hombres para toda clase de manías y manías para toda clase de hombres.

Hay vidas que giran alrededor de un vaso de agua.

Por la mañana, antes del desayuno, un cuarto de litro, si no

—Pero si fui a la peluquería hace cuatro meses!—contestan muy ofendidos.

Y explican que les sienta mal el ruido de las tijeras del barbero y que les duele el cuello de tenerlo torcido.

En el fondo, manía.

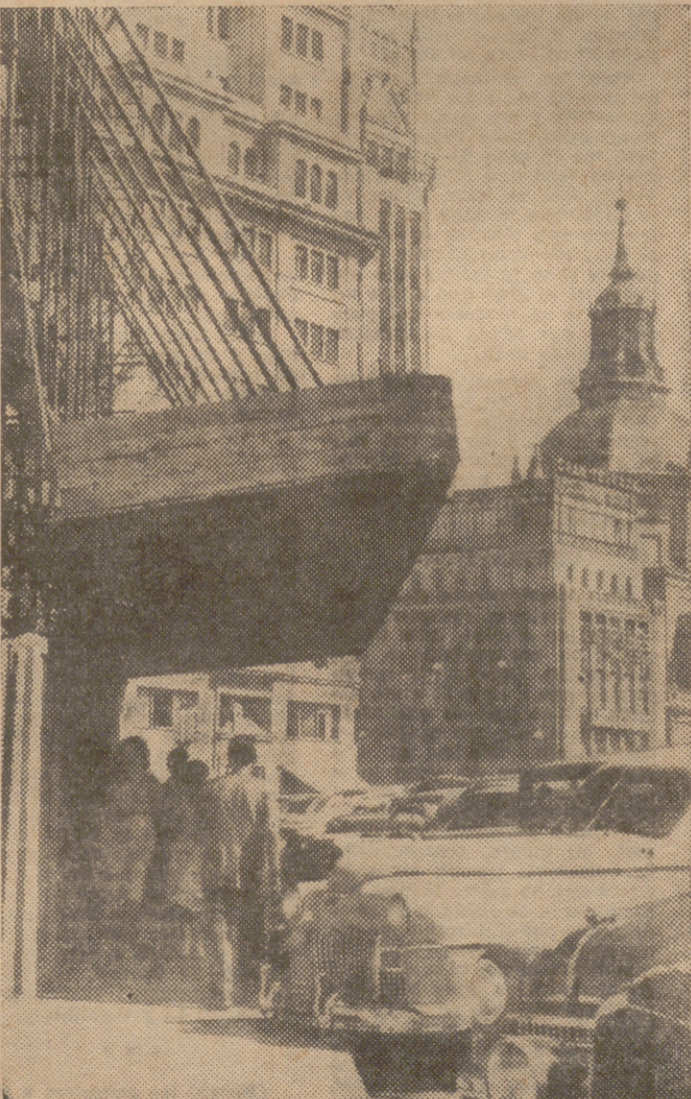
—¿Cuándo te "pelas"?—se les pregunta.

—¡Pero si fui a la peluquería hace cuatro meses!—contestan muy ofendidos.

Y explican que les sienta mal el ruido de las tijeras del barbero y que les duele el cuello de tenerlo torcido.

En el fondo, manía.

María Pura RAMOS



Todos estos señores, según se dice, no se casan este año. El andamio supersticioso impide semejantes locuras. (Foto Ortiz.)



Las pajas de los bares también sufren la acción de la humanidad maniática. El camarero, harto del cliente rompepajas, arrebató de mala manera el tarrito de sus manos. (Foto Ortiz.)

Esther Williams, lazarillo acuático

La pequeña Pamela, ciega de nacimiento, es su alumna en la guardería infantil de Los Angeles



Pamela tiene mucho miedo, es una sensación terrible sentirse rodeada de agua y sin poder ver. La ciegucecita se agarra fuertemente al neumático bajo la vigilancia de la actriz.

Todo el mundo conoce a Esther Williams, la deslumbrante sirena que en pocos meses ganó la admiración y la simpatía del mundo desde las pantallas del cine en color. Cada nueva anécdota de la vida de esta actriz nadadora añade un nuevo motivo de simpatía hacia su brillante personalidad, tan llena en todo momento de enternecedora faceta humana.

Esta de hoy es la historia de Pamela, la chiquilla ciega amiga de Esther, que ha encontrado el mejor lazarillo para aprender a caminar por el agua. La Williams, que adora a los niños, acostumbra a visitar con mucha frecuencia a sus amiguitos de la guardería infantil de Los Angeles; allí conoció a la ciega Pamela, encantadora chiquilla de cinco años con la que inmediatamente selló una buena amistad. Cariñosa, simpática y alegre, Esther se propuso enseñar a la pequeña Pamela el más querido de sus propios juegos: el del agua.

La cámara fotográfica, más expresiva que las explicaciones que nosotros pudiéramos darle, ha captado una serie de graciosos y emotivos instantáneos donde la actriz, como un hada de las aguas, aparece centrando este encantador mundo infantil en el que Pamela, casi como un personaje de cuento para niños, representa el emotivo papel de la Princesita Ciega. (Reportaje gráfico Cifra.)



Esther Williams, amante de los niños, se ha convertido en su guía bajo el agua, y aquí aparece con la pequeña Pamela, enseñándole a nadar.



"Adelante, Pamela; es sólo cuestión de decidirse." Y las pequeñas alumnas chapotean, mientras Esther sonríe alegre y feliz.

DE MUJER A MUJER

CONTESTACION A OBDULIA GARCIA

Difíciles de quitar son esas manchas, pero tal vez consiga disimularlas lo suficiente para que pasen casi inadvertidas si las frota con una goma de borrar muy blanda y después con un pañito empapado en tetracloruro de carbono. Es lo único, amiga mía, que puedo aconsejarle, y lo siento, después de haberse usted mostrado tan amable conmigo.

CONTESTACION A "UNA DESGRACIADA"

Por favor, amiga mía. Ponga todo su empeño en reaccionar, que es imprescindible para su felicidad y la de sus hijos. Sí, no se sorprenda que mente a la felicidad. Estoy convencida que en las "confesiones" de su marido no hay ni un atisbo de verdad. Si la hubiera, habría ocultado esas aventuras que me atrevo a calificar de imaginarias porque tengo la convicción de que no las han habido en la realidad. Posiblemente es su esposo un tanto jactancioso, perteneciente a esa clase tan corriente de los que creen que hombra y carácter significan no depender o, por lo menos, demostrar que no se depende de la propia mujer. En su afán de quedar ante usted como un ser independiente, que maneja su vida a su antojo y es dueño de sus actos tramó una cadena de aventurillas que en su variedad creyó la dejarían a usted asombrada por tener un marido con tanto éxito entre el público femenino. Pensó infantilmente, por cierto, que era una medida prudente tener asustada a la esposa con la idea de que cualquier otra mujer podría suplantarla. Al verla tan acorralada ha sentido el placer del hombre importante y fundamental, propietario absoluto de la vida espiritual y material de usted y la deja en la creencia de unas aventuras irreales porque le cautiva seguir en el papel.

Procure, amiga mía, aunque tratándole con cariño y dulzura sin límites, vencer sus celos y no hablarle en absoluto de cuanto él le refirió. Finja un desaliento que la induce a mirar con indiferencia todo, y adopte una postura afectuosa en el cumplimiento de sus deberes, pero con una sombra de indiferencia en los ojos. Posiblemente al ver él que no le obsequia con escenas, que no hace averiguaciones ni le atormenta con suspicacias, creerá que está perdiendo su admiración en lugar de ganarla como creyó, y volverá a querer ser y parecer aquel hombre de los primeros años de casados, que mereció toda su fe.

No soy infalible, ni muchísimo menos, en mis juicios, y pudiera darse que comprobara usted que fui demasiado optimista al creer que todo era imaginario. En tal caso, valor, amiga mía, entereza para aceptar su cruz valientemente, por sus hijos, y a esperar que la oveja extraviada, sintiendo en carne viva los arañazos de las espinas del camino equivocado, vuelva en busca del perdón y remedio para sus heridas al hogar, único hospital para las almas en que pueden curarse todos los males.

Respecto a sus otras consultas, gustosa se las contestaré por carta particular, si tiene la amabilidad de remitirme sus señas, acompañadas del franqueo necesario.

CONTESTACION A ANITA PIÑA

Me alegro de que juzgue usted de utilidad suma la sección "De Mujer a Mujer", hijita, y celebre poder demostrarlo en su caso particular, explicándole la manera de combatir las pecas, o al menos disimularlas. Dado que son éstas el efecto del sol y el aire en epidermis delicadas o muy sensibles a la pigmentación, medida primordial, pues, es evitarlas en lo posible.

Las pecas se tratan aplicando todas las noches en el cutis, que previamente habrá limpiado con coldcream, la fórmula que le indicé y dejándola hacer el día siguiente:



En finísimo punto, con drapeados inteligentes, se ha confeccionado este elegantísimo modelo de tarde. "A la española", lo titula su creador, por estar ejecutado en negro, que es el color que impuso en Europa la moda de nuestro país.

Agua de rosas, 25 gramos; lanolina anhidra, 50 gramos; cera blanca abejas, 4 gramos; borax, 5 gramos, y perhidrol, 5 gramos.

Distinguida señora Nuria María: Habiendo leído en el diario PUEBLO sus buenos consejos, me dirijo a usted en demanda de alguno.

Hace ya unos cuatro meses que salgo con un chico, es muy tímido y quizá debido a eso no ha llegado a declararse todavía, y quiere ordenar en mí como si fuera mi novio.

Verá: es el caso que yo siempre he ido a los bailes con mi familia y me gusta mucho; si no bailo, miro cómo bailan, pero me lo paso bien. Mi madre no sabe que salgo con ese chico; éste no sabe bailar, ni le gusta que lo haga yo, y como sea que ella me acompaña al baile por complacerme a mí, porque sabe lo mucho que me gusta, si le digo que ahora no quiero ir se enterará del porqué, y por ahora no quisiera que supiera nada.

Dígame, señora, ¿usted qué me aconseja? Yo le quiero mucho y él también parece quererme a mí, y no sé qué hacer, pues no quisiera perderlo. Dándole las gracias anticipadas, le envía un fuerte abrazo, MANOLITA.

CONTESTACION

Pues precisamente tiene usted un pretexto estupendo en lo que me explica, para instigar a su acompañante a una declaración. Cuando de nuevo ponga mala cara o formule alguna crítica por su asistencia al baile, dígame con sencillez y naturalidad: "Verás, es una costumbre que no tiene nada de reprochable cuando no está comprometida y asisten a la reunión personas correctísimas. Mi madre, comprendiendo, se extrañaría mucho si yo le dijera que no quiero ir más. Me preguntaría la razón o la averiguaría por sí misma y me diría, como es natural, que el día que tenga novio, si a él no le gusta que vaya, muy bien que le obedezca, pero en modo alguno debo supeditarme a un simple amigo que no me acompaña en plan de novio y el mejor día puede dejar de venir, sin yo tener derecho a pedirle explicaciones."

Y añada todavía: "Además,

comprende que mi madre tal vez se opusiera a que me siguiera acompañando, si se enterara que lo haces, alegando que es de poco conocimiento exponerme a que me vean siempre contigo sin ser tú mi novio..."

No me extrañaría. Manolita, que tras esto surgiera el consabido "Verás, yo sería muy a gusto tu novio, si tú me quisieras..." Y para qué seguir.

CONTESTACION A MARIA ANTONIA

Solución, casi siempre la hay grande, pero es menester por sí misma y por lo desagradable que es tal defecto, que se apresure a ir al médico, consultándole lo que le ocurre. El le dirá si le cree causado por la dentadura, resultando conveniente que acuda a un médico-dentista o si es necesario orientar sus pasos hacia un otorrinolaringólogo o un especialista en enfermedades del estómago.

Sobre todo, sea tenaz, amiga mía, y no cese en su intento de curarse de tan antiestético defecto hasta conseguir una franca mejora.

NOTA.—Agradeceré su amablemente a las señoras y señoritas que nombraré a continuación la amabilidad de escribirme nuevamente, indicándome su nombre y dirección, a la par que me remiten el franqueo correspondiente para contestarles particularmente y me repitan sus consultas, sean sentimentales, problemas hogareños o solicitándome fórmulas de belleza, recetas de cocina, tratamientos para el cutis, vello, mano, cabello, etc. Tengan en cuenta, para disculpar mi petición, que a través de esta página dedicada a la mujer he repetido ya muchas veces la mayoría de cosas que me preguntan y volver a darles respuesta sería monotonizar terriblemente la sección. Las citadas señoras y señoritas son: M. R., Diomar de Castilla, La Novia del Emigrante, Marieta, Rosa Triste, B. L. y Diablillo.

(Dirigid las consultas a Nuria María. Apartado de Correos 12141. Madrid.)

LANZA UNA ACUSACION CONTRA SU MARIDO, QUE LA SALVO LA VIDA

La ingratitud de una mujer no ha sido bastante para condenar a un inocente

EDITHA JANOWITZ sacrificó a su esposo a su afán desmedido de lujo

A mediados del pasado mes de agosto, los periódicos de la capital sueca publicaron la noticia del suicidio de un antiguo empleado de la Legación de Checoslovaquia en Estocolmo, que había aparecido ahorcado en su habitación. Los periodistas suecos creyeron ver en este hecho una relación con la historia de espionaje—más imaginaria que real—que había circulado por Suecia durante el mes de marzo y se dedicaron a hacer investigaciones en torno a este nuevo caso. Pero se encontraron frente a un impenetrable muro de silencio que no les permitió dar un paso en sus investigaciones, hasta el punto de que la gente se preguntaba si K. H.—que éstas eran las iniciales del checoslovaco—había muerto y,

en caso afirmativo, si se trataba realmente de un suicidio. El interés por este episodio, sin embargo, no hubiese sido tan grande si la persona del antiguo empleado de la Legación no estuviese mezclada en la dramática aventura del teniente de la reserva del Ejército sueco Bo Jonasson. Este oficial había sido condenado en el mes de julio a cinco años de prisión y al pago de una fuerte multa, después de haber sido degradado, como culpable de haber entregado al mayor Frantizek Nemeč, agregado militar checoslovaco, el manual secreto de instrucciones para los oficiales suecos.

AMOR EN EL "GHETTO"

Bo Jonasson, joven oficial

sueco, estuvo durante la pasada guerra en Varsovia. Allí, durante una visita al "ghetto", conoció a Editha Janowitz, que formaba parte de una comisión de la Cruz Roja Internacional y, secretamente, de una asociación que tenía como objetivo la protección y salvación de los judíos perseguidos.

La dramática situación de estos seres, reclusos en su "ghetto" como en una prisión y constantemente vigilados por las S. S., que habían puesto en torno a ellos un verdadero círculo de hierro, conmovió al joven oficial sueco. Juntamente con esta conmiseración, surgió en su corazón un sentimiento más fuerte hacia la bella Editha, que, a pesar de su representación oficial y humanitaria, no estaba muy segura en Varsovia, porque Editha Janowitz era una judía de Praga, y los nazis, en su persecución a los hebreos, no reparaban en cargos ni en encomiendas.

La joven comunicó sus temores al oficial Jonasson, y éste se propuso libertarla. Para ello existía un solo medio: Editha tenía que adquirir la nacionalidad sueca y, en unión de su esposo, podría abandonar Polonia. Esta fórmula era muy grata a Jonasson, porque se había enamorado de Editha. La Gestapo, por otra parte, en aquella época, ponía un puente de oro a los hebreos que tenían la suerte de obtener un pasaporte extranjero, porque eran muchos los que se apiñaban en el "ghetto" de Varsovia y al clarificarse sus filias les facilitaban la labor.

El comando alemán en Varsovia se sorprendió un poco cuando Bo Jonasson se presentó con un flamante pasaporte extendido a nombre de la señora Editha Jonasson, con la que se acababa de casar, pero no se opuso a extender el correspondiente visado, aunque limitado exclusivamente a territorio germanico. Una vez en Berlín, la Legación de Suecia obtuvo el visado definitivo en el transcurso de pocas horas. Y así, en la primavera de 1944, Editha creyó vivir un sueño maravilloso. Detrás de ella quedaba el terror de Varsovia, con sus noches inquietantes y trágicas, que el paso de las rondas nazis llenaban de angustia, y en las que cada minuto se esperaba la orden seca e inapelable de detención que conducía a la muerte. Indudablemente, tuvo que creer que vivía un sueño cuando se encontró en Estocolmo rodeada de una vida alegre y fulgurante y con un joven y enamorado marido a su lado, que trataba, a fuerza de cariño, de hacerle olvidar los horrores de la vida anterior.

UNA VIDA DORADA

Durante varios años, el matrimonio Jonasson fué feliz. Una pequeña nube empañaba, solamente, esta felicidad. Bo y Editha tenían la añoranza de un hijo. Pero esta ausencia unía más a los jóvenes, y Bo podía dedicarse exclusivamente a borrar en Editha los dolorosos recuerdos del pasado.

En 1952, Editha conoció al mayor Frantizek Nemeč, agregado militar en la Legación checoslovaca. Era un hombre apuesto y con el aspecto de todo un caballero refinado. Frantizek la hablaba con frecuencia de Praga, la maravillosa "ciudad de oro", en la que había transcurrido la infancia de Editha y de



Bo Jonasson, el oficial sueco que salvó a Editha Janowitz de los horrores del ghetto de Varsovia haciéndola su esposa y que se vio traicionado por ésta, que lanzó contra él una acusación de espionaje. Más tarde se comprobó su inocencia.

la que guardaba un conmovedor recuerdo. Entre el mayor Nemeč y la señora Jonasson se estableció una cordial amistad. Se los veía juntos en los lugares elegantes de Estocolmo y el mayor se convirtió en el escudero de Editha. Coincidiendo con esta amistad cambió la vida de la esposa del oficial sueco. Se convirtió en una gran dama con un tono y una elegancia desproporcionada con sus medios. Nadie podía adivinar la fuente de tanto dinero.

ESPIONAJE

En el mes de marzo, Suecia entera se conmovió con un "affaire" de espionaje, descubierto casi simultáneamente en Gotinga, Nowköping y Estocolmo. Veinticuatro horas antes de que la bomba de la noticia estallase en esta última ciudad, el mayor Nemeč salía precipitadamente para Praga. La fuga del agregado militar checo estaba justificada; un agente del servicio de contraespionaje había encontrado en su cartera una copia fotográfica del manual de instrucciones secretas para los oficiales del Ejército sueco.

LA FALSA ACUSACION

La encuesta de la Policía fué rapidísima y, en realidad, no ofrecía mucha dificultad. Inmediatamente interrogó a la señora Jonasson. Ella era la esposa de un oficial que poseía las instrucciones y, además, era notoria su amistad con el mayor.

Sin necesidad de insistir mucho, la Policía obtuvo una declaración terminante de Editha. Según ésta, su marido la había confesado que había prestado el manual al mayor Nemeč para que éste le fotografiase y a cambio de este servicio percibía una importante suma que justificaba la suntuosa vida de su mujer.

El teniente Jonasson fué detenido inmediatamente e informado. Sobre él pesaba la acusación infamante de espionaje y alta traición. Tres días des-

pues era también detenida su esposa. La Policía averiguó que Editha había percibido elevadas cantidades del mayor y llegó a la conclusión de que era cómplice de su marido.

Dos semanas después, Bo y Editha comparecieron ante el Tribunal militar de Estocolmo. La vista de la causa se celebró a puertas cerradas. Venciendo grandes dificultades, porque invocaron la inmunidad diplomática, se acusó a siete oficiales checoslovacos que formaban parte de la oficina del agregado militar.

A pesar del secreto de las sesiones, pronto trascendió que Bo Jonasson hacía energicas protestas de inocencia y que su mujer, en cambio, mantenía la acusación. Con gesto dolorido, Bo se dirigió a Editha: "¿Por qué me acusas, si sabes que no es verdad?" Y Editha, con lágrimas en los ojos, respondió: "¡Porque es verdad! Bo, no debíamos haber accedido nunca a las solicitudes del mayor Nemeč. Yo era feliz con la vida sencilla que llevaba a tu lado." Jonasson se desahució, desesperado, en protestas de inocencia. Afirmó que el manual le había tenido siempre guardado bajo llave en un cajón de su escritorio. Y cuando el coronel que presidía el Tribunal le preguntó si alguna persona podía haber sustraído el documento del escritorio, Bo, después de dirigir una larga mirada a su esposa, respondió: "No creo."

"¡SOY INOCENTE!"

El teniente Jonasson fué de-

clarado culpable. Frente a una compañía formada fué degradado. Su espada fué rota, del pecho le arrancaron las condecoraciones y de su guerrera los botones dorados. Cuando la trágica ceremonia terminó, Jonasson, pálido y a punto de saltarse las lágrimas, gritó desesperado: "¡Soy inocente!" Recluido en una penitenciaría, sigue haciendo protestas de su inocencia.

Mientras tanto, la Policía continuaba sus investigaciones. Editha había sido condenada a dos años de prisión y cuando conoció la sentencia, no pudo ocultar su satisfacción. Pero el Ministerio decretó su expulsión del territorio sueco y esto hizo saltar su nervios. Este momento fué aprovechado por la Policía, que sospechaba la verdad y no podía probarla. Sometió a Editha a un hábil interrogatorio y la mujer acabó confesando. Ella había robado el manual y se lo había entregado al mayor Nemeč. El sueldo de su marido—dijo—era exiguo, demasiado exiguo para sus ansias de lujo. El mayor, además, la había prometido que conseguiría su vuelta a Praga para trabajar como espía Internacional. ¡Y era tan grande el deseo que tenía de volver a su patria! Pero este "impulso patriótico" era completamente falso. Solamente la sed de lujo fué la que movió a Editha Jonasson a traicionar a su patria de adopción y a su generoso marido, que la había salvado de la muerte al arrancarla del "ghetto" de Varsovia.



Editha Janowitz, la mujer que, por el afán de satisfacer sus ansias de lujo, traicionó a su patria de adopción y lanzó, después, una injusta acusación de espionaje contra su marido.

HOY Suplemento internacional
TODOS LOS JUEVES EN
PUEBLO

EL MADAVVER

QUE HABLO

POR *Richard Ellington*

Ella no hizo caso y prosiguió con la misma voz baja y tensa:
—Odió su puerilidad, su fofiería, su recato, su modestia. No fuma, no bebe, y ni siquiera mira a un hombre. ¡Oh, no! Pero se quedó con mi dinero, con el dinero que me pidió prestado, y después dijo mentiras para perjudicarme y me dió una puñalada por la espalda no estando yo presente.

Acarié la mano de Marge y la miré anhelante. Estaba muy furiosa.

—Cálmate, querida—dije—. Cálmate y vuelve a empezar por el principio. Dime lo que le ha sucedido a esa Virginia May Roundtree.

Marge se mordió los labios, apagó su cigarrillo en el cenicero y volvió a mirarme.

—Ha desaparecido. Literalmente, se ha evaporado. Y sucedió delante de mis propios ojos, Steve, delante de mis ojos. ¿Me entiendes? Te digo que lo vi. En un momento dado, caminaba por la acera hacia mí, y un segundo después... —Marge chasqueó los dedos—. ¡Puf!, había desaparecido. Simplemente desaparecido.

—¿Quieres decir que esa mujer se esfumó en la calle mientras tú la estabas mirando? —Me había reclinado en mi asiento y miraba a Marge al tanto.

—Sí; eso es exactamente lo que quiero decir. Sucedió hace una semana. He intentado encontrarla, pero inútilmente. Se ha marchado realmente. Steve; se ha marchado. Y tenemos que encontrarnos en la esquina. ¿No ves lo que esto significa? Puede habérselo dicho a alguien, y ese alguien lo recordará. Entonces creerán que probablemente fui yo la última persona que la vió. Averiguarán que la odio y que tengo buenas razones para odiarla. Entonces pueden pensar... —Marge extendió las manos y se encogió de hombros—. ¿No ves lo que pueden pensar? Pueden pensar que yo...

—¿Que tú qué?

La voz de Marge se convirtió en un susurro. —Pueden pensar que yo la he matado.

—Tú no sabes que le haya sucedido nada.

—Te digo, Steve, que la vi desvanecerse. La estaba viendo, y un segundo después ya no estaba. Desde entonces no ha estado en la oficina ni en su casa. Es aterrador. Sé que algo terrible le ha sucedido. Lo presiento. Esta mañana, cuando me presenté a la Policía, me diste un susto de muerte. Pensé...

—¿Pensaste que la habían encontrado?

—Sí.

Observé a Marge detenidamente durante varios segundos. Estaba muy nerviosa, como no la había visto nunca. Finalmente, dije:
—Creo que lo mejor es que empieces por el principio y me lo cuentes todo. —Estaba pensando en nuestro encuentro aquella mañana y en aquella anciana que había muerto en el segundo piso del número 143 de la calle Once Oeste.

Marge asintió y comenzó a hablar.

—Todo comenzó hace poco más de un año. Yo estaba trabajando como directora de radio para la agencia de publicidad Lambert, Taylor & Kilhon. Un día me dijeron que querían que viniese aquí, a Nueva York, para ocupar un cargo mucho mejor como ayudante de un director de ra-

dio. Naturalmente, aproveché la ocasión y vine. Esa joven, Virginia May Roundtree, trabajaba en la oficina de Nueva York. Era en el fondo una niña; no tenía más de veintidós o veintitrés años, y sólo era mecanógrafa. La pusieron a mi servicio, y porque era tan inocente y tan buena, me dió lástima. Entonces no la conocía. Era bastante bonita, pero con una belleza altiva. Parecía no poder ser condescendiente. Ya conoces ese tipo.



Bueno; traté de ayudarla. Incluso en una ocasión le dejé dinero.

—¿Por qué?

—Ella mantenía a su madre y a su abuela en Abingdon, Virginia. Su abuela necesitaba operarse y no tenían dinero para ello. Por eso se lo presté a Virginia May.

—¿Cuánto?

—Bastante. Quinientos dólares.

—¿Sigues—dije.

—Bueno; al cabo de unos tres meses, comencé a darme cuenta de que me estaba minando el terreno.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que me perjudicaba siempre que podía. Ya sabes el sistema: la dulce sonrisa en la superficie, y debajo, el puñal. Quería mi cargo, y empezaba a subir rápidamente. Yo traté de impedirlo, pero fue inútil. No sé aún cómo lo hizo

o qué les dijo a los peces gordos. El caso es que, hace un mes, Bill Taylor, el presidente de la compañía, me llamó, y después de las frases protocolarias de rigor, me dijo que quedaba despedida. Naturalmente, yo sabía que aquello era obra de Virginia May; pero el señor Taylor no quiso creerme. Me dijo que había recibido diversas quejas y que ésta era la única causa.

—Tal vez te dijo la verdad. Quizá te imagi-

—Le dije que la mataría si no me devolvía el dinero. —Marge levantó de nuevo la cabeza—. Esto la asustó, Steve. Debí de creerme capaz de hacer lo que decía. Su actitud cambió de pronto y me dijo que trataría de encontrar el dinero. De momento no lo tenía, pero estaba segura de reunirlo si le daba una semana de tiempo. Yo accedí. Casi dos semanas después me llamó y me dijo que ya tenía el dinero. Se había trasladado a un nuevo departamento en la casa número 143 de la calle Once Oeste. Ella sabía que yo vivía en la calle Bank, que dista sólo un par de manzanas, por lo que me pidió que nos encontrásemos en la esquina de la Séptima Avenida y la calle Once, a las nueve de la mañana del pasado lunes. Naturalmente, accedí cuando dijo que tenía los quinientos dólares.

—El lunes pasado, por la mañana, hace hoy una semana, me dirigí a la esquina convenida. Era la esquina del lado este de la calle, junto al Hospital de San Vicente. Llegué a eso de las nueve menos cuarto. Desde donde estaba podía ver su casa. Un hombre —evidentemente, el portero— estaba barriendo la acera delante de la casa. Al cabo de menos de un minuto de estar allí, vi a Virginia May bajar los escalones, llegar a la acera, saludar al portero y comenzar a andar en mi dirección. Miraba algo que tenía en la mano, y no creo que aún me hubiese visto. Dió unos diez pasos hacia mí, sin dejar de mirar lo que tenía en la mano. Me disponía a dirigirme a su encuentro cuando oí el violento crujir de los neumáticos a mi espalda, en la Séptima Avenida. Tú ya sabes que un ruido así sobresalta siempre y nos hace volver la cabeza.

—Es cierto—murmuré.

—Bueno, pues eso es lo que hice. Di media vuelta y vi que dos coches estaban a punto de chocar; pero lograron parar a tiempo. Miré los coches sólo un segundo y volví la cabeza inmediatamente. La acera ante mí estaba desierta. Virginia May se había esfumado. Esto me sobresaltó. No podía haberme pasado, porque estaba aún a veinte o treinta metros de distancia cuando me volví para ver los coches. Y sólo había apartado la vista durante uno o dos segundos todo lo más. La cosa era sencillamente imposible, pero no podía negarlo. Había desaparecido como si la tierra se la hubiese tragado.

—El portero seguía barriendo la acera delante de la casa, por lo que me dirigí a él y le pregunté si había visto lo ocurrido. Era el mismo hombre pelirrojo con quien tú estabas esta mañana. El pareció muy sorprendido, y después, aunque no puedo jurarlo, me dió la impresión de que se había asustado. Me dijo que la había visto salir de la casa y echar a andar hacia la Séptima Avenida. Incluso se acordaba de haberme visto en pie a menos de media manzana de distancia. Había oído el crujir de los neumáticos, y, naturalmente, también había mirado en aquella dirección. No recordaba haber visto a Virginia May cuando levantó los ojos. Con esto quiero de-

(Continuará.)

(Publicada con autorización de la Colección "El Buho".)

PRESENCIA DE DALI EN LA III BIENAL.

Junto a las rocas mineralizadas de Port-Lligat se alza el estudio de Salvador Dalí, de este gran escénografo de la Pintura—valor cierto—, que prepara su lienzo "La última cena" con destino a la III Bienal. No es probable que el día 24—fiesta de la Merced—esté acabada esta composición, en la que, como es habitual en el autor, resaltan más los valores secundarios—literatura, imaginación—que los directos de la propia plástica; aunque, como es de rigor, de buen rigor, quede de manifiesto el firme dibujo del gran linealista, que parece tener como aptencia subterránea un fervor rafaelesco—ya confesado—y también una admiración muy íntima hacia Ingres, y hasta hacia su oculto violín. Pero la personalidad de Dalí supera los méritos concretos para seguir otros rumbos más generales; pero no es hora, ni momento, para hacer o intentar hacer una disección.

Es indiscutible que una de las mayores atracciones de esta

Noticia y crítica de ARTE

III Bienal es la aportación de Salvador Dalí, que tiene dos aspectos: uno, el de su obra; otro, el de su presencia física. Esta última es objeto de variados comentarios, pues se anuncia que en los locales del Museo de Arte Moderno—que está sufriendo una bella transformación para dar contenido al certamen—el discutido artista pronunciará una conferencia, en la que hará glosa de sus credos pictóricos, en forma y manera algo parecida a su intervención en el teatro María Guerrero, que tanta resonancia tuvo, claro es que más anecdótica que estética. Salvador Dalí, con su inclusión en la III Bienal,

ha dado al certamen un auténtico aliciente que ha traspasado las fronteras, ya que, según se dice, su nuevo cuadro ha sido solicitado para que figure en la participación española en la Bienal de Venecia, y son también muchos los que esperan oír sus últimas declaraciones, que han de tener la era atómica como uno de los temas principales.

Si a esta aportación del solitario de Port-Lligat añadimos la exhibición del famoso legado Cambó a la ciudad de Barcelona, que será expuesto con motivo de la Exposición e incluido en su programa, los homenajes a Gaudí y a Gargallo, y la espléndida aportación de los pintores de España y de las Repúblicas hispanoamericanas, es seguro que la III Bienal ha de superar a las dos anteriores, y que la cifra de espectadores, conociendo el buen amor de los catalanes al Arte, habrá de superar a los 35.000 visitantes que en paciente cola desfilaron en La Habana el día de la inauguración de la II Bienal en el recién inaugurado Palacio de Bellas Artes. Todo hace suponer un acontecimiento artístico que rebasa en mucho el orden interno para alcanzar una onda universal, que ya es imprescindible en el movimiento artístico contemporáneo, donde la voz y el espíritu hispanoamericano significa un elemento imprescindible para seguir el paso del hombre en busca de la Belleza, y en busca también de una verdad que, por muchas razones, en el Arte tiene cauce abierto para poder mostrarse.

Pero antes de terminar este noticiario sobre la III Bienal, creemos oportuno hacer constar el esfuerzo hecho por el Ayunta-

miento barcelonés, que en breve espacio de tiempo ha habilitado el viejo Palacio de la Ciudadela para albergar con todos los nuevos adelantos las nuevas salas de la Exposición Hispanoamericana. Como es sabido, el antiguo Palacio de la Ciudadela fue construido en tiempos de Felipe IV para cuartel, según los planos del arquitecto militar alemán Werboon, hasta que a principios de este siglo un acuerdo del Ayuntamiento cambió su destino castrense para habilitarlo como residencia real; pero las obras sufrieron dilaciones, que obligaron a cambiar nuevamente su finalidad, trasladando al antiguo cuartel las obras que figuraban en el viejo Museo de Artes Decorativas y de Arqueología, formándose al paso del tiempo el Museo Municipal de Arte Moderno.

Las actuales obras de acondicionamiento empezaron el día 17 de diciembre de 1954. La superficie ampliada en planta tiene alrededor de dos mil metros cuadrados, divididos en dos grandes naves. Dos escaleras de honor dan acceso a cada nave, que se dividen, a su vez, en varias salas completamente modernizadas. En más de 7.500.000 pesetas se calcula el coste de las obras. La cifra es de por sí bien elo-

cuento para demostrar el esfuerzo que ha dotado a Barcelona de un Palacio de Bellas Artes excepcional, con todos los elementos más apropiados para que desde las instalaciones luminotécnicas—todas de luz cenital—hasta el suntuoso salón de actos, constituya una aportación decisiva a la vida artística del país.

EL FONDO GOYA Y LA CASA DEL ARTISTA

Buen suceso ha sido la iniciativa —tan bien rematada— que la directora de la revista "Teresa", Lulú de Lara, y el pintor José Caballero, han llevado a cabo para aliviar materialmente y ennoblecere espiritualmente los últimos días de la bisnieta de Goya, que en un humilde pueblo de la Sierra, y tras largos años de trabajo, vive una existencia precaria.

Los pintores españoles—salvo excepciones que algún día comentaremos—han respondido al gentil llamamiento, y, así, con el regalo de sus lienzos para tan loable fin, y la posterior rifa de ellos por venta de papeletas, al precio de 25 pesetas, se ha obtenido un buen crédito nacional, honrando en la descendiente del artista al arte español, que, al fin y a la postre, y al transcu-

rrir de los siglos, es lo que da vigor, permanencia y lustre al mejor nombre de España. Para nosotros, estas actividades acaso sean las más importantes, por indicar la espiritualidad de un pueblo y el índice que marca que las mejores cosas pueden ser salvadas. No dudamos—por desgracia—que si en vez de la bisnieta de Goya se tratara de la rotura de un tobillo de un jugador de fútbol y se hubiera organizado un partido amistoso, los ingresos habrían sido mayores; pero con todo y con eso, algo se ha conseguido para permitirnos creer que no todo está perdido.

Otra iniciativa existe, de la que son magníficos propulsores las personas citadas con otras de buena voluntad, de mayor ambición y de necesaria realización. Se trata de construir la Casa del Artista, en donde encontrarían cobijo y amparo los hombres que dedicaron su vida a las artes plásticas y que al final de su existencia sólo encontraron el fracaso y el desengaño. Sería ocioso hacer recuento de las muchas instituciones que existen para proteger en su vejez a funcionarios de toda condición. Incluso—y en esta inclusión no hay ironía—hasta los escritores tienen horizonte de esperanza, bien con Montepíos en el período, bien con lugares como la Casa de Cervantes. Casi todas las profesiones gozan de un amparo o de una posibilidad de subsidio, menos el pintor—siendo sólo eso—vió pasar la fama, la gloria y la oportunidad sin tener acceso a ellas. Para evitar esos estados se trata de construir la Casa del Artista, y para lograr esta feliz realidad se trata de obtener por medio de un sello de 50 céntimos, unido a las entradas de los museos, los fondos necesarios para ello. Y aunque sea difícil de comprender, o n tantos antecedentes que lo justifican, existen dificultades para conseguirlo, y no, como es lógico, por parte de la Dirección de Bellas Artes; pero de este tema tan importante seguiremos hablando en ocasión propicia.

M. SANCHEZ-CAMARGO



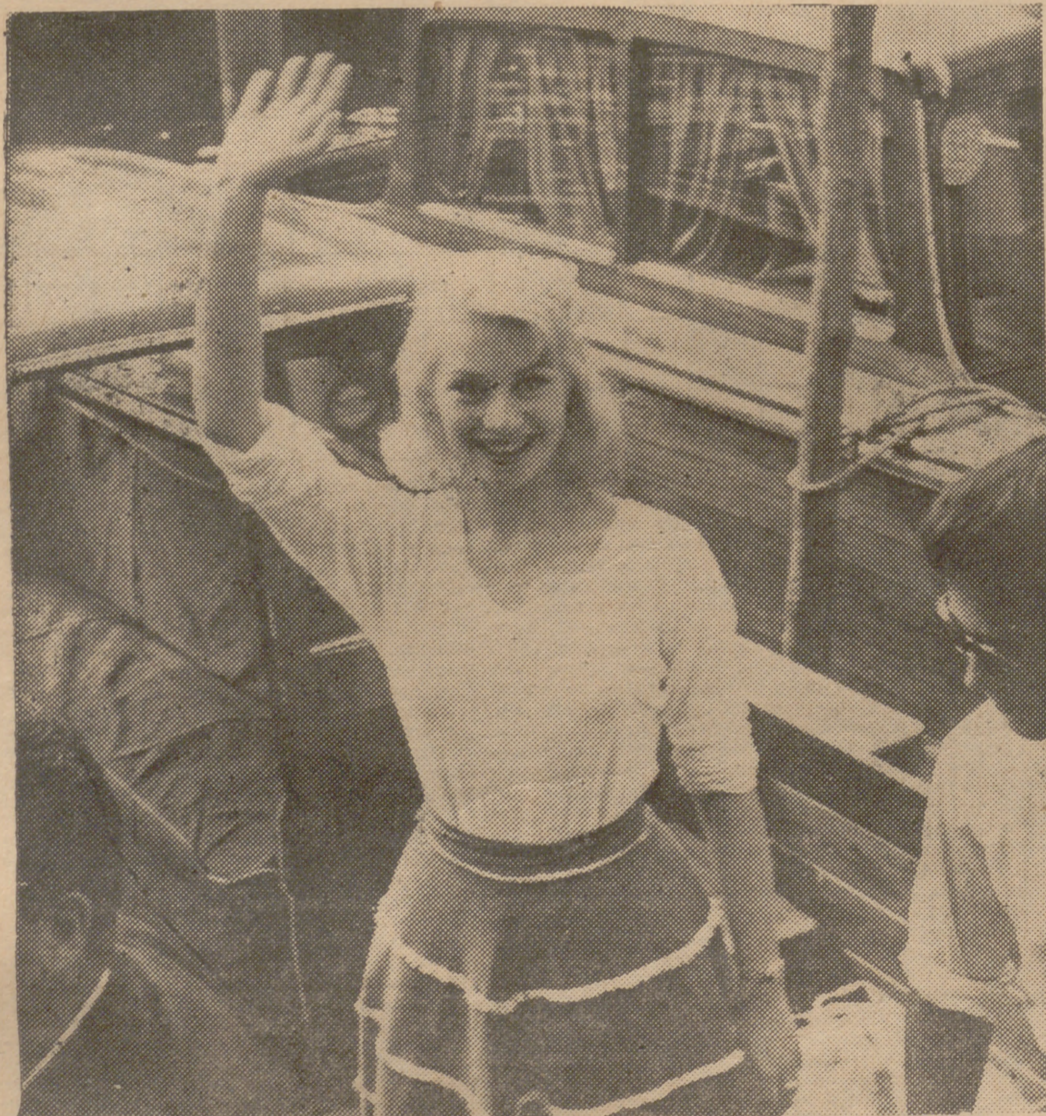
"Paisaje de Castilla", óleo de García Ochoa.

MUNDO Ligero



POR LA MAÑANA

Ahora que el verano está llegando a su término, cuando a Madrid empiezan a llegar las primeras auras que nos permiten respirar a pleno pulmón y los veraneantes que con su piel yodada ponen una nota exótica en las calles de la ciudad, creemos oportuno darles algunas noticias gráficas de cómo puede pasar sus días estivales una joven guapa... y con posibilidades. He aquí a la hora del baño sonriendo ante el mar, momentos antes de sumergirse en el proceloso. Instantes después la superficie tendrá la herida blanca que la ha producido este cuerpo al zambullirse y hacia el cielo se proyectará una sonrisa de espumas como expresión del gozo de ese mar por recibir en su seno una sirena tan escultural como esta.



POR LA TARDE

El mar es siempre un incentivo para el veraneante. Después del chapuzón y del crawl de la mañana, hay que rizarle de espumas con la proa de una canoa. Navegando sobre él, aunque sea a bordo de esta deportiva y lujosa embarcación, se tiene la sensación de un viaje en busca de la aventura como un Marco Polo cualquiera. Y un audaz navegante debe sentirse esta señorita a juzgar por el gesto entre feliz y melancólico con que parece despedirse de tierra.

Se ha perdido una cartera... Una cartera rota, sin dinero, como una soledad acostumbrada a descansar sobre un corazón solo; pero si la encuentra usted, devuélvala. No lleva nada dentro; apenas si unas fotografías, unas cartas rozadas y un saberse contemplada en las horas nostálgicas, cuando una contemplación vale todo en la vida. ¡Y se ha perdido! Caida en la ignorancia de la acera ciudadana, esta cartera es como una flor que se marchita sobre el asfalto.

Su cuerpo perdió brillo hace tiempo; tiene esa pobreza de ausencia de billetes y cenas apenas comenzadas, que se pagan con calderilla. No conoce el crujir de los billetes ni las burbujas del vino que valen su ilusión en oro; es una cartera de recuerdos, y los recuerdos apenas si valen nada. Un poco de viento..., una música de pasado. Y esta cartera que hoy espera, como un fracaso, la pobreza ilusionada de los que saben comprenderla. Albergaba unas fotografías, unas cartas, un vacío...

Hace tiempo renunció a lo material, y así, tan desprendida, la cartera fué cantando, sobre la esperanza del corazón, su íntima canción entrañable. Una canción es todo..., o no es nada. Esta canción de la cartera perdida resuena como una vaga melodía que nunca pudo ser. Como una brisa que jamás peinó las hojas de nuestros parques.

Pero, en las horas tristes, ofrecía sus fantasmas desvaídos, sus imágenes perdidas por una distancia sin mañana y con ayer. Aquí estaban, abrigadas en su cuero, como en unas sábanas con fracaso nupcial. Bodas imposibles, bodas con una novia de papel, fueron las imágenes que, en la cartera perdida encontraron su sueño de noche.

Si usted encuentra esta cartera, devuélvala. Piense que, al devolver una cartera vacía, habrá devuelto el único tesoro que los pobres tienen.

(Dibujo de Goñi.)

M. P. A.



POR LA NOCHE

El mar también duerme y además por la noche es demasiado misterioso. La silueta femenina no destaca sobre su azul, porque la noche la da una fisonomía espectral al bañarla con un rayo de luna. Por eso en estas horas la mujer se aleja del mar y bajo unas luces que fingen la apariencia del día, ante un champán que parece tener reflejos del sol, con un aromático cigarrillo que parece haber condensado en él algo del fuego del astro, la mujer espera la llegada del nuevo día para acudir, otra vez puntual, a su cita con el mar. Y así se va desarrollando la teoría de los días veraniegos en la vida de una mujer guapa y feliz. Estos días dejarán su impronta en su espíritu y en su piel; en su piel, que aparecerá cargada de yodo y de sol, y en su espíritu, que se habrá fortalecido con el fuerte aliento de la mar. Y seguramente que para esta mujer las horas más lánguidas, las que se deslizarán con un paso más lento, sean esas de la noche que ella llena de una manera artificial, fingiendo soledad y simulando alegrías que espontáneamente la ofrece el día. Y el sol y la mar, los dos grandes artifices de esas horas ilusionadas, no cobran ningún tributo, sino, que, por el contrario, la hacen el regalo maravilloso de su fuerza y de su color, que se reflejan, luego, en su piel dorada y en su espíritu optimista. Ahora que el verano toca a su fin, creemos que el mejor homenaje que le podemos tributar es la exhibición de esta obra suya que es la gracia de una mujer sobre el azul del mar.